**EL PRINCIPE SIN REINO**

En un lejano país del oriente existía un rey que tenía dos hijos; ya próximo a morir, el rey mandó llamar a sus hijos gemelos y les dijo: - los dos han sido engendrados en el grande amor que siempre nos ha unido a su madre y a mí. Para cada uno, hemos deseado y buscado siempre lo mejor, los hemos rodeado no sólo de riquezas, sino de nuestro amor, ternura y comprensión. Pero a mí se me ha llegado el momento de partir y este reino ha de ser gobernado por uno de los dos.

El padre calla un momento para meditarlo y pensando cada una de las palabras a decir: -obraría de manera injusta, sí guiándome por la tradición te diera a ti, que naciste primero, el destino del país, dejando a tu hermano sin posibilidad alguna de heredar el trono. Por eso he decidido -prosiguió el rey- que sólo el que alcance el favor y cariño de su pueblo, lo guiará en lo sucesivo.

Los dos príncipes abrazaron al padre y salieron cada uno por su lado a buscar cómo alcanzar el preciado tesoro.

El mayor llamó a los consejeros de su padre y éstos con gran acierto, propio de los que ya saben aconsejar le dijeron: -construye caminos y puentes, embellece los jardines, fortalece la guardia por si existe algún peligro de guerra o rebelión. El noble príncipe, vio que estas cosas eran buenas y no tardó ni un minuto en llevarlas a cabo.

Por su parte el menor,  fue en busca de su madre, quien lo miró con cariño: “Madre, ¿qué hago?” la madre calla y luego musita unas pocas palabras: “Hijo mío, el pueblo, aquellos a quienes quieres gobernar te dirán lo que debes hacer”.

Aún sin comprender las palabras de la madre, el hijo sale y recorre la ciudad de un extremo a otro y ve los rostros desnutridos de los niños; de las casas empobrecidas; los campos sin cultivos; los hombres y mujeres sin trabajo, ni salud, ni educación y lo que es peor sin la esperanza que hace florecer la vida.

“Dios mío, ¿qué es esto?, nunca imaginé tanta pobreza” y el joven príncipe se olvida del trono y del palacio y empieza a organizar la gente, a unir recursos, a intercambiarlos y a sembrar con ellos la tierra y mejorar las viviendas. Luego llamó a las puertas de sus amigos, los nobles más cercanos y les pidió una hora de su tiempo para sanar a los enfermos y enseñarles a los analfabetas a leer y escribir.

Al cabo de un tiempo, volvió al palacio y encontró que su amado padre había muerto y que su hermano había heredado la corona. Poco le importó al príncipe, lo único que quería era ver a su querida madre y abrazarla en un cálido gesto de ternura.

Cuando la madre lo vio, se inclinó frente a él y le dijo: “Mi rey, mi señor. Tu hermano ostenta una corona de metales y piedras preciosas; pero tú ostentas sobre tu cabeza y en tu corazón la más bella corona, hecha y tejida por las manos de tu pueblo y el amor que cada uno de ellos siente por ti.”

Di una palabra solamente y todos ellos correrán a servirte porque tú antes de ser servido, has sido siervo; antes de mandar, has obedecido y antes de esperar que te amarán, has amado. Y nuevamente la Reina se inclinó ante su hijo, quien en un gesto de infinito amor hacia la madre, se arrodilló junto a ella y en un profundo abrazo musitaron una hermosa oración de amor.

GARCÍA CARRILLO, Yaneth. Parábolas para renovar la vida. Pág. 65